

# Cosmopolitismo y cosmopolíticas combinados: Un ágora europea

## Cosmopolitanism and cosmopolitics combined: A European agora

Rik Pinxten

Profesor de Antropología, Universiteit Gent, Bélgica.  
Hendrik.Pinxten@UGent.be

### RESUMEN

En la actualidad necesitamos un nuevo cosmopolitismo, el cual debería ser pensado más allá del marco eurocéntrico de referencia y combinar opciones y principios negociados globales con cuestiones de identidad local. Esto último se llama "cosmopolítica". En este texto se destacan algunos aspectos epistemológicos, como el énfasis occidental sobre la estructura más que sobre el proceso, así como la conceptualización del Estado como entidad postsoberana. Asimismo, se abordan algunas cuestiones políticas.

*Palabras clave: Cosmopolitismo, cosmopolítica, postsoberanía, Wittgenstein*

### ABSTRACT

In the present age a new cosmopolitanism is needed. It should be envisaged beyond the traditional Eurocentric frame of reference and should combine negotiated global choices and principles with local identity issues. The latter are called "cosmopolitics". Some epistemological points are highlighted in the article, such as the western emphasis on structure rather than process, and the conceptualisation of the state as a post-sovereign entity. Furthermore, some policy lines are touched upon.

*Key words: Cosmopolitanism, cosmopolitics, post-sovereign state, Wittgenstein*

*(Traducido del inglés por Fernando Navarro)*

## COSMOPOLITISMO

Aun cuando hoy en día el cosmopolitismo no se aprecia como deseable por parte de muchos occidentales, este es probablemente inevitable. En los últimos veinticinco siglos, hemos visto una serie de propuestas sobre cosmopolitismo, la mayoría de las cuales dentro del margen de la lógica local, regional o estatal. Todas ellas han sido europeas y –en retrospectiva– eurocéntricas. Es decir, la humanidad ha estado abrumadoramente concebida por conceptos europeos: individuos con conciencia individual, derechos ligados exclusivamente al individuo, el énfasis en la libre voluntad y la capacidad de perfección de los individuos, en época más reciente, etc. En la era europea actual, postcristiana y postcolonial, el viejo eurocentrismo es criticado severamente dentro y fuera de Europa. Al mismo tiempo, la globalización está influyendo en la forma de pensar de la gente y la urbanización conlleva una sustancial multiculturalización de las poblaciones europeas y un empuje hacia identidades múltiples y con frecuencia cambiantes en la mente de las personas.

Un resultado general de todas estas tendencias (descolonización, globalización, urbanización) es que los proyectos cosmopolitas del pasado son rechazados cada vez con más fuerza por su perspectiva eurocéntrica, al mismo tiempo que la interdependencia entre la población a escala planetaria crece. Esto nos obliga a considerar respuestas globales a problemas que nos atañen a todos, como habitantes de la tierra: escasez energética, contaminación, pobreza, cambio climático, expansión demográfica, etc. En otras palabras, las ideas y acciones cosmopolitas en estos temas son ahora urgentes e inevitables. Pero muy probablemente el cosmopolitismo tendrá que ser despojado de su perspectiva eurocéntrica para que sea reconocido por todos y para ofrecer la necesaria plataforma política desde la que afrontar los problemas globales antes citados. Sostenibilidad e interdependencia serán probablemente los principios que guíen las negociaciones, las cuales deberán ser interculturales e inclusivas, en vez de ser eurocéntricas y excluyentes religiosa, cultural o ideológicamente.

Al mismo tiempo, y de manera subsidiaria a ese ámbito global, los formatos local y regional pueden emerger, y de hecho emergerán, centrados en valores, ideas y costumbres más particulares. Aquí hay lugar para lo que se ha llamado “cosmopolíticas” (Calhoun, 2003). Desde mi punto de vista, las propuestas que combinan ideas sobre identidad europea a nivel subsidiario (cosmopolíticas) con aquellas del nivel global (cosmopolitismo) son ahora de una importancia fundamental. Ése es el dilema en el que nos encontramos, como europeos y como ciudadanos globales. Debería quedar claro que una perspectiva así implica que las viejas costumbres e ideas deben, ante todo, ser asumidas, y que la educación y el discurso político tendrán que ser redirigidos con suficiente profundidad. La exclusividad del nacionalismo, del regionalismo y de la religiosidad ha quedado trasnochada cuando pretende tener un estatus universal. La modestia y la conciencia de partida

que una postura cosmopolítica implica colisionará con la vieja y todavía (en Europa) muy viva actitud de exclusión de otras formas de vida y con los proyectos de sociedad de las religiones del libro y de las ideologías eurocéntricas (nacionalismo y similares). Por ejemplo, las lógicas aparentemente diferentes de la propuesta sobre medio ambiente del Parlamento Europeo (con una perspectiva cosmopolita claramente progresiva: véase su postura en la XV Conferencia sobre el Cambio Climático de la ONU de 2009 en Copenhagen) y el éxito de los partidos de identidades excluyentes en distintos estados-nación europeos (véanse las elecciones en los Países Bajos y en Bélgica, que han llevado a la política a un punto muerto) ilustran estos puntos.

## ESTRUCTURA Y PROCESO

Un rasgo que querría destacar de los formatos eurocéntricos es su (excluyente) enfoque estructural: hablan desde una lógica de unidades estructurales preestablecidas e inalterables, que abarcan desde una comunidad en torno a un Estado-nación (para estos partidos políticos, como los demócratacristianos, una comunidad cristiana; o para los partidos derechistas, una comunidad cultural) hasta el mundo en su totalidad. Por ejemplo, las religiones cristiana e islámica afirman ofrecer soluciones para la especie humana como un todo. Desde esta perspectiva, la comunidad religiosa tendría características estructurales uniformes, las cuales vendrían definidas por la deidad en la voluntad revelada que se hizo saber a través de los profetas. La *diferencia* queda excluida en esta mentalidad: es vista o bien como una forma de existencia primitiva y aún no “salvada” (como precristiano o preislámico), o bien como una herejía (es decir, como una perversión o una pérdida de la genuina estructura humana). El nacionalismo, por su parte, reemplazó esta forma religiosa de estructurar la vida y la sociedad en Europa en los siglos pasados, pero básica y estructuralmente se sustenta en las mismas actitudes. En este caso, la referencia final y más decisiva fue, y es, el Estado-nación, con sus supuestos valores, identidades y costumbres, todos ellos sentidos como intrínsecos y obvios hasta convertirse en la segunda naturaleza de la población. Las guerras entre estados-nación han posibilitado, durante al menos dos siglos, subsiguientes gobiernos para arraigar esta visión en la vida y en la gente, así como para dividir a las personas y colocarlas en estructuras nacionales o regionales. Así, el paso hacia una conciencia de la interdependencia a escala global y de intereses compartidos antes que de enemistad entre grupos queda dificultado por esta historia de divisiones. En la actual búsqueda de una identidad en la UE, se observa la inercia del formato estructural pasado: el “gobierno” de la UE es la Comisión, compuesta

por un comisionario de cada Estado miembro. Son designados por los estados-nación, no son elegidos. El Parlamento es un organismo europeo sin poder legislativo, escogido dentro de los límites de los estados-nación. No hay un distrito electoral que abarque la UE como un todo, aunque se definan responsabilidades políticas para todo el complejo. La lógica aquí es que las estructuras del ámbito nacional son básicas, intrínsecas o, de algún modo, más “naturales” o “reales” que los objetivos, valores y necesidades transversales de la población que vive en el amplio espacio de la UE, para quien sin embargo trabajan las instituciones gubernativas europeas.

Asimismo, la tremenda urbanización de las últimas décadas (que alcanza ya al 60% de la población mundial y en algunas áreas de Europa Occidental supera el 80% [Castells, 2002]) provoca que los anteriores lazos estructurales se estén debilitando rápidamente. Esto podría indicar que su funcionalidad está decreciendo. En cambio, la población empieza a desarrollar lo que se ha bautizado como identidades estratificadas o múltiples (Pinxten et al., 2004; Hermans, 2004). Ello supone un sentido de naturaleza dinámica de los valores y costumbres religiosos y seculares: las personas adoptan un yo dialógico (Hermans, 2004) con una vaga creencia en algún ser sobrenatural, combinado con una visión newtoniana del mundo y adherencias espirituales a ciertas tradiciones budistas para el bienestar propio, etc. Cuando miro al contexto europeo a través de estas lentes, puedo trazar algunas conclusiones sorprendentes sobre la realidad emergente reciente que es la UE. En contra de la experiencia histórica de faccionalismos, guerras y exclusión religiosa, está emergiendo una entidad pacífica, aunque más bien amorfa, mantenida unida por los intereses comerciales.

Un mercado y un espacio de bienes y personas abierto a una gran extensión. La pregunta surge sobre si esto es ya una entidad política o si puede y debe ser más elaborada. En primer lugar, significa que este espacio europeo podría crecer orgánicamente hacia una estructura estatal coherente y bien definida, una especie de supraestado o imperio. Un asunto importante, entonces, es saber qué indicadores podríamos utilizar para concluir que tal surgimiento orgánico de una estructura abarcadora está o podría estar creciendo. En mi opinión, no podemos encontrar tales indicadores. En la actual práctica política, que descansa sobre las estructuras de toma de decisiones (Parlamento, Consejo, etc.), domina la estructura nacional. El poder se alcanza desde y gracias a los electores dentro de esos confines nacionales. Por consiguiente, la idea concreta de que una unidad mayor –al estilo nacional– emergería orgánicamente o casi espontáneamente va contra esta realidad. Chocaría con el poder real, expresado en y condicionado por el Estado-nación. Ante todo, las estructuras existentes y los procesos de toma de decisiones tendrían que ser alterados sustancialmente para permitir que una estructura mayor creciese. Hoy en día, ningún político está interesado en descomponer las estructuras nacionales, porque ellas definen las bases del poder de esos mismos políticos. Probablemente, el idealismo o el voluntarismo no serán suficientes para alcanzar esa meta.

## ESTADO POSTSOBERANO Y LA UE

Sea como fuere, el cuadro presentado hasta ahora es parcial. Es más, en las décadas pasadas, coincidiendo con la fundación de la UE, los estados-nación tradicionales fueron arrastrados hacia un proceso de cambio que dio como resultado lo que algunos han llegado a llamar “estados postsoberanos” (Delanty, 2010). Es decir, la comunidad (nación) y el Estado son gradualmente escindidos el uno del otro y se desarrollan en diferentes direcciones. Además, con la globalización, el ciudadano vive dentro de un Estado que contiene un conjunto de funciones, derechos y deberes en una circunscripción territorial local. Los impuestos se pagan a una estructura local para asegurar autopistas, una fuerza policial, etc. Sin embargo, el ciudadano moderno busca el sentido de la vida en grupos o comunidades que pueden ser mundiales (como una religión), en un contexto foráneo al propio territorio o en grupos de identidades múltiples que pueden ir desde un club deportivo local hasta un entorno virtual internacional. Ningún Estado puede seguir ofreciendo una identidad comprehensiva, es decir, los aspectos “comunitarios” de los viejos estados-nación ya no son definidos por el Estado o por el ciudadano. Veamos algunos ejemplos:

- El antiguo masón sería un masón británico, claramente distinto del miembro francés o belga de la misma comunidad presumiblemente universal. Los rituales, creencias y estatutos serían diferentes, aunque la universalidad de la hermandad de hombres fuese el primer objetivo. De hecho, una masonería europea politizada y no creyente sería claramente diferente de una con la tradición sajona de obediencia a Dios, hasta el punto de que una no reconocería a la otra como representativa de la tradición. En los últimos años, hipótesis profusamente divulgadas admiten que la nacionalidad define cada vez menos lo que sería un masón, y parece que el reconocimiento del principio del todos por todos se está convirtiendo en la norma de los nuevos grupos más allá de cualquier frontera. En el mismo sentido, movimientos religiosos y políticos (como el Movimiento de Porto Alegre), a raíz de la globalización, enfatizan cuestiones sobre la supervivencia y el sentido de la vida más allá de los límites fronterizos de los estados-nación; los a veces violentos choques entre la policía de los estados-nación y los antiglobalización (o alterglobalización) denotan este resultado.
- La generación más joven desarrolla redes de chats e incluso de encuentros (Gay Parade y similares) que no son definidas por o no se refieren a identidades estatales o fronteras. La moda, las preferencias musicales, la elección de estilos de vida, pero también los intercambios de conocimientos, se desarrollan hoy mucho más en Internet y otros canales de comunicación internacionales que a través de las

estructuras estatales tradicionales. Más aún, hoy en día, una parte de la compleja identidad de una persona estaría definida por acciones y costumbres locales; otra parte, por referencias nacionales, y finalmente, una tercera parte importante, por contactos, gustos, experiencias, esperanzas, entre otros, internacionales.

Uno de los niveles identitarios en la mentalidad de la mayoría de los ciudadanos de los países europeos de hoy es precisamente el del espacio europeo. En mi opinión, sería imprudente tratar y reforzar este nuevo espacio en los marcos estructurales que conocemos de la era imperial o de los estados-nación. No existe una única comunidad contemporánea europea (como básicamente sí la hubo en la era cristiana de Europa), sino que hay una creciente variedad de identidades, que da pie a una compleja identidad mezclada y variada en los individuos: el ciudadano europeo moderno es cristiano/budista/musulmán/ateo, etc., y tiene su estilo de vida, es ciudadano de un Estado y de una región, así como miembro de un grupo de género, entre otros. Con la emergencia del Estado postsoberano, las comunidades crecen más o menos independientes de las estructuras estatales: donde esas identidades estaban casi totalmente solapadas por el Estado-nación, ahora están creciendo en gran medida de forma separada. En ese proceso aún no queda claro qué tareas o funciones permanecerán en la estructura estatal (impuestos, defensa, pero ¿también seguridad social?) y en cuáles se centrarán muchas comunidades. A mi entender, estamos a mitad de un periodo en el que esta redistribución de tareas y funciones está en proceso.

Mi sugerencia es que miremos al espacio europeo como un nuevo fenómeno único, sin reducirlo a las estructuras antiguas. Apelo a una interpretación del nuevo espacio como la suma de interacciones y comunicaciones que trascienden los formatos estructurales y las fronteras de los niveles más bajos de extensión, en otras palabras, como aquello que emerge en forma de acciones y comunicaciones transregionales y transnacionales. En tanto que éstas son más procesales que simplemente estructurales, es preferible pensar este conjunto en términos de cambio y de estructuraciones temporales, más que como estructuras invariables y fijas. Desde el punto de vista político, ello significa que Europa podría ser concebida principalmente como la suma de todas esas acciones y comunicaciones, más que como estructuras políticas estáticas. Así, desde esta perspectiva, la *diferencia* puede ser vista como algo más intrínseco y menos molesto que en los viejos estados-nación; en un espacio basado en acciones y comunicaciones, se puede esperar que las identidades sean menos estables y fundamentales que en un espacio definido por fronteras estrictas y características estructurales bien definidas. Es decir, los esencialismos y el fundamentalismo doctrinal se deberían percibir como algo más propio de un espacio estático que de otro más abierto y cambiante. El hecho de que todos los partidos de extrema derecha en el actual Parlamento Europeo muestren una actitud anti-UE es significativo al respecto. Por supuesto, ello no implica que yo crea en una simple y sencilla dicotomía de las formas “lo proeuropeo es bueno” y “lo antieuropeo es malo”. La simplificación excesiva nunca

tiene que ser propugnada. Todavía llama la atención que esas posiciones reaccionarias de la Europa actual se conjuren contra el cambio y, por lo tanto, contra el hecho de tratar con la diferencia, lo que les lleva a una posición existencial y política nada fácil en un espacio europeo profundamente urbanizado (y, por ello, mezclado) y postnacional. Abogo por situarnos a un paso más allá de este dilema y volver a la naturaleza de la comunicación y la interacción en aras de definir nuevamente las características de este espacio europeo.

Tras muchos siglos de debate entorno a la naturaleza del lenguaje, Wittgenstein (1957) dio un gran paso adelante en sus *Investigaciones filosóficas*, al dejar de lado la discusión sobre la estructura del lenguaje para conducirlo hacia una forma de comunicación. Su obra permitió un acercamiento entre los investigadores del lenguaje y los de la acción. La teoría de los actos de habla (que emana de Austin, pero alcanza la plena floración con Searle, 1966) puso las cosas del revés y empezó a mirar la acción como la categoría genérica, con el lenguaje como subcategoría. El interés de Wittgenstein por el lenguaje como comunicación hizo que se diera cuenta (y todos nosotros) de que la vaguedad y los cambios de significado forman parte de la esencia que posibilita la comunicación. Si tenemos un 100% de claridad en el significado, como se dice a veces en términos matemáticos, no hay lugar para la comunicación. El lenguaje natural tiene un maravilloso e importante rasgo, esto es, que el significado es vago, que los límites del significado de una palabra o de una frase son confusos y que de ahí precisamente se produce la comunicación. Cuanta más gente esté involucrada y cuantos más contextos e historias se traten en el proceso de comunicación, más comunicación e interacción habrá para alcanzar el entendimiento necesario en cuestiones (que parecen) importantes (Gellner, 1999). Wittgenstein lo entendió bien a través de una vía nada fácil: tras intentar en vano recorrer el camino solipsístico del lenguaje privado, definiendo significados exactos a través de la exploración de la propia voz interna (en el *Tratado lógico-filosófico*), lo abandonó cuando comprobó que era completamente imposible entablar una comunicación de esa forma (véase especialmente el análisis de Gellner, 1999). Aquí quisiera trazar una analogía —por muy arriesgadas que sean las analogías— con la arena política. Donde el nacionalismo parecía ser un posible autodefinidor en una era en la que los ciudadanos de los estados-nación se veían a sí mismos (sociopolíticamente) como una entidad compuesta por ellos mismos, ahora este nacionalismo no es más que un obstáculo en el contexto de una Europa vista como un conglomerado de decenas de esas entidades. Es más, con la globalización y la urbanización, la naturaleza mezclada de las poblaciones lleva a cada ciudadano a percatarse de la vaguedad de los límites y de la no linealidad de las comunicaciones y las interacciones. En tal contexto, la vaguedad se convierte en una ventaja para tratar la diversidad, sobre todo ahí donde ésta puede haber sido percibida como un fracaso que había que afrontar en el marco cerrado del Estado-nación. Es decir, la comunidad del Estado-nación (cesión de identidad) y el Estado se pueden haber colapsado por un cierto tiempo, pero en el Estado postsoberano del espacio europeo, éstos se distancian y cualquier intento de restringir la comunicación y la interacción al viejo

formato del estrecho Estado-nación sólo puede causar frustración e incapacidad creciente. La vaguedad (debido a la no linealidad) y la ruptura con el solipsismo son cruciales para la viabilidad del nuevo contexto. De ahí que tratar de definir el nuevo espacio europeo en términos de estructura estatal es un error, pues creemos en el carácter básicamente comunicativo e interaccional de ese espacio.

## CUESTIONES POLÍTICAS

Esta concienzuda interpretación dinámica de Europa tiene implicaciones para los dirigentes políticos. En este sentido, sugeriría a estos políticos que reconozcan la naturaleza dinámica de Europa y que gobiernen en consonancia; en la práctica, que en vez de defender una naturaleza inalterable de Europa, se centren más en facilitar la comunicación y la interacción, así como en delimitar aquello que permite y eventualmente invita a una comunicación e interacción óptimas.

Nuestra aparente incapacidad para gestionar la diversidad es una cuestión fundamental del actual debate político europeo. Tras las políticas de asimilación, integración, ciudadanía de permiso de residencia, entre otras iniciativas, parece claro que los extranjeros y los inmigrantes siguen sin ser aceptados como seres humanos completos en Europa, a pesar del hecho de que todos los estados europeos han firmado la Declaración Universal de Derechos Humanos. La mentalidad del ciudadano no ha evolucionado al unísono con esta firma. Tampoco se ha adaptado plenamente al espacio interior europeo como un espacio de mezcla y diferencia más que de uniformidad y sistema de valores únicos. Así, la educación intercultural, el intercambio de personas e ideas, sean cuáles sean su procedencia e ideología, y la promoción de programas de colaboración e interacción parecen más que nunca de primera importancia. Aquí reside una parte importante del papel de los políticos. Y es importante porque ninguno de los puntos antes mencionados frustra en modo alguno los ideales y costumbres nacionales, más aun, todos ellos se centran casi exclusivamente en aspectos que son cruciales para el espacio europeo como tal.

Referencias bibliográficas

- CALHOUN, Craig. "Belonging in the Cosmopolitan Imaginary". *Ethnicities*. Vol. 3. No. 4 (2003). P. 531-553.
- CASTELLS, Manuel. *Conversations with M. Castells*. Oxford: Blackwell, 2002.
- DELANTY, Gerard. *The Cosmopolitan Imagination. The renewal of critical social theory*. Cambridge: Cambridge University Press, 2010.
- GELLNER, Ernest André. *The language of solitude*. Oxford: Blackwell, 1999.
- HERMANS, Hubert J. M. *Dialog en misverstand*. Soest: Nelissen, 2004.
- PINXTEN, Rik; LONGMAN, Chia y VERSTRAETE, Ghislain (eds.) *Culture and Politics*. Oxford: Berghahn Publisher, 2004.
- SEARLE, John Rogers. *Speech Acts*. Berkeley, California: California University Press, 1966.
- WITTGENSTEIN, Ludwig Josef Johann. *Philosophical Investigations*. Oxford: Blackwell, 1957.